

# LIBRO DÉCIMOQUINTO

## ARGUMENTO

*Jove despierta, y de juror se llena  
contra Juno y Neptuno. A Iris ordena  
que un mensage á este Dios lleve al momento,  
y á Apolo que dé á Hector nuevo aliento.  
Toma la égida Febo, y va pugnando,  
los griegos á sus naves rechazando.*

Luego que ya del foso y la estacada los troyanos pasaron fugitivos, y á manos de los Griegos muchos héroes muertos dejaron; de sus carros cerca, suspendida la fuga, al enemigo pálidos de temor y acobardados hacer frente querian; y en la cumbre del Ida Jove despertó. Y del lecho alzándose, y del lado de su esposa, tendió la vista y vió que los Troyanos en derrota venian perseguidos por los Aqueos, cuya hueste toda el potente Neptuno acaudillaba. Y vió tambien tendido en la llanura á Héctor, de sus amigos rodeado, exámine, sin fuerzas, sin sentido, anheloso, y vertiendo por la boca purpúrea sangre, porque no el más débil de los Griegos le hiriera. Y á su vista, el padre de los hombres y los Dioses de él se compadeció; y á Juno vuelto, con torva faz habiéndola mirado, así la dijo en iracundas voces:  
«¡Engañosa Deidad, pérfida Juno, artífice de males! tus engaños

»á Héctor cesar en la batalla hicieron,  
»y á la fuga entregaron sus escuadras:  
»y yo no sé si con el duro azote  
»castigada por mí, tú la primera  
»serás tal vez entre los Dioses todos  
»que coja el fruto del ardid funesto.  
«¿No te acuerdas acaso de aquel dia  
»que pendiente estuviste del Olimpo  
»y de tus piés colgué pesados yunques,  
»y sujeté tus manos con esposas  
»de oro macizo que romper á fuerza  
»imposible te fuese? De las nubes  
»y los aires en medio tú colgada,  
»los otros Dioses en el vasto Olimpo  
»se consternaron todos, y soltarte  
»no podían, por más que rodeados  
»á tí lo procuraban. Y á uno solo  
»que logré asir desde el umbral celeste,  
»cogiéndole del pié, con furia grande  
»lancé á la tierra, y al caer de vida  
»apénas un instante le quedaba.  
»Y ni áun así la cólera terrible  
»pudo apagarse que en mi pecho ardía,  
»altamente afligido por el daño  
»que al valeroso Alcides tú causarás,

»cuando unida con Bóreas sedujiste  
»á las borrascas, y á la mar undosa  
»las mandaste bajar para que el héroe  
»por las mares errando pereciera.  
»Tú de su derrotero le alejaste,  
»y á la opulenta Cos le condujiste;  
»pero yo le libré de los peligros  
»que allí corria, y á la fértil Argos  
»triumfante le volví despues que muchos  
»afanes tolerara. Si aquel dia  
»ya tú olvidaste, á la memoria ahora  
»yo te lo acordaré, para que ceses  
»en tus engaños; y verás el fruto  
»que sacas con venir desde el Olimpo,  
»la vista huyendo de los otros Dioses,  
»á engañarme con pérfidas caricias.»

Así dijo; temió la augusta Juno,  
y en voz humilde respondió al esposo:

»Testigo ahora la fecunda tierra,  
»y el anchuroso cielo, y de la Estigia  
»el agua que hasta el fondo del averno  
»desde la tierra cae, y el más firme  
»sagrado juramento las Deidades  
»hacen por ella: y séanme testigos  
»tu cabeza divina, y de nosotros  
»el tálamo nupcial, por cuyo nombre  
»nunca yo temeraria juraría,  
»de que no por mi ruego ó mis instancias  
»Neptuno á los Troyanos en derrota  
»y á Héctor ha puesto, y poderoso ayuda  
»á las huestes aquivas. Le moviera  
»su propia voluntad; porque, vencidos  
»viendo al pié de sus naves á los Griegos,  
»hubo de ellos piedad. Mas yo á Neptuno,  
»y á cualquier otro Dios, aconsejara  
»el camino seguir que tú siguieres.»

El padre de los Dioses y los hombres  
se sonrió al oirla, y placentero  
así la respondió: «Si en adelante,  
»conmigo acorde siempre, en el Olimpo  
»estuvieras sentada entre los Dioses,  
»prontamente Neptuno, aunque él quisiera  
»seguir otro camino, mudaría  
»de parecer, tu corazón y el mio  
»unidos viendo. Y si verdad ahora  
»en todo hablaste, y lo que dijo el labio  
»piensa tu corazón, vuelve al Olimpo  
»en medio de los otros inmortales;  
»y á Iris y á Apolo di que diligentes  
»vengan aquí para que aquella vaya

»al ejército aquivo, y á Neptuno  
»mande que de la guerra se retire  
»y á su morada vuelva. En tanto, Febo  
»á Héctor dentro del alma heróico brío  
»infunda y calme los dolores todos  
»que su aliento enflaquecen, y al combate  
»otra vez le conduzca; y los Aquivos  
»cobardes haga que en inerme fuga  
»la espalda vuelvan, y azorados lleguen  
»á las naves del hijo de Peleo.  
»Este á Patroclo, su valiente amigo,  
»enviará á la lid; y con su lanza  
»Héctor le matará cuando llegado  
»delante de Ilion aquel hubiere,  
»despues de haber á muchos campeones  
»privado de la vida. Y uno de ellos  
»Sarpedon ha de ser, el valeroso  
»hijo mio. Y Aquiles, irritado  
»por su caro Patroclo, dará muerte  
»á Héctor; y desde entónces perseguidos  
»siempre serán desde las griegas naves  
»á su ciudad los Teucros, y los Dánaos  
»de Troya expugnarán los altos muros  
»con astucioso ardid que á sus caudillos  
»enseñará Minerva. Hasta que llegue  
»el dia en que á las lides sanguinosas  
»Aquiles vuelva, mi terrible enojo  
»no cesará, ni de los otros Dioses  
»permitiré á ninguno que á los Griegos  
»baje á favorecer en las batallas.  
»Y así de Aquiles los ardientes votos  
»serán cumplidos. La inmortal cabeza  
»moviendo yo, con juramento firme  
»ya se lo prometí, cuando su madre  
»abrazó mis rodillas, y doliente  
»me suplicó que del gallardo jóven  
»el agravio vengara.» Así decia  
Júpiter; y á su voz obedeciendo  
la augusta Juno, desde la alta cumbre  
subió del Ida al anchuroso Olimpo.  
Como suele tal vez el caminante  
que viajó por numerosas tierras  
reparar las ciudades en su mente,  
y dice: *yo aquel pueblo he visitado,  
y aquel otro tambien,* y en un instante  
los vuelve á recorrer en su memoria;  
así la augusta Juno en raudo vuelo  
y en un instante al elevado Olimpo  
llegó, y á las Deidades congregadas  
halló de Jove en la mansion. Al verla



todos se levantaron de las sillas,  
y las copas de néctar la ofrecieron;  
pero ella, de los otros rehusando  
la oferta, solo de la Diosa Témis  
aceptó el agasajo. A recibirla  
esta salió de todos la primera,  
y así dijo en palabras voladoras:

«¿Cómo tan pronto de la tierra al cielo  
»vuelves, hermosa Juno? En el semblante  
»asustada pareces. ¿Te ha inspirado  
»ese terror tu esposo?» En voz sumisa  
Juno la respondió: «No me preguntes,  
»oh Témis, el motivo: ya tú sabes  
»cuán arrogante y despiadado sea  
»el ánimo de Jove. Tú preside  
»de las Deidades el banquete ahora  
»en el celeste alcázar; yo en presencia  
»de los eternos Dioses diré luego  
»la amenaza terrible que les hace  
»airado Jove. Y pienso que ninguno  
»ni de los Dioses mismos ni los hombres  
»se regocijará, por más que ahora  
»á espléndido festín alegre asista.»

Así la dijo, y ocupó su trono  
la augusta Juno. Y afligidas fueron  
de Jove en el palacio las Deidades,  
al observar que si la dulce risa  
dejó ver en sus labios, no la frente  
sobre las rubias cejas se mostraba  
despejada y alegre. Al fin las dijo,  
en dolorida voz, triste y llorosa:

«¡Oh! cuán necios que somos é ignorantes,  
»si ofendidos de Jove deseamos  
»llegar á su presencia; y con razones,  
»ó por fuerza, obligarle á que ya olvide  
»la cólera! De todos apartado,  
»ni de nuestras bravatas él se cura  
»ni de ellas tiene miedo, y se gloria  
»de que á todos los Dioses aventaja  
»en fuerzas y poder. Así, vosotros  
»en paciencia llevad los infortunios  
»que él os envíe. Y á Mavorte ahora  
»ya gran calamidad ha rodeado;  
»porque Ascálofo ha muerto en la pelea,  
»á quien él sobre todos los mortales  
»tierno amaba, y por hijo reconoce.»

El furibundo Marte al escucharla  
bajó la diestra y el fornido muslo  
se hirió indignado, y en dolientes voces  
dijo: «No os irriteis conmigo ahora,

»Dioses que las moradas eternas  
»habitais del Olimpo, si la muerte  
»para vengar de Ascálofo á las naos  
»ya de los griegos voy. Aunque estuviera  
»predicho por el Hado que de Jove  
»herido con el rayo allí debía  
»quedar entre los muertos y la sangre  
»derribado en el polvo; no dudara  
»á la tierra bajar.» Así les dijo:  
y al Miedo y al Terror que los caballos  
uncieran ordenó y él diligente  
tomó sus armas todas, que á lo léjos  
en hórrido fulgor resplandecían.

Y de Jove mayor hubiera sido  
el enojo, y terrible la venganza  
que entónces de los otros inmortales  
él hubiera tomado, si Minerva,  
por la suerte solícita de todos,  
del áureo trono en que sentada estaba  
alzado no se hubiese; y presurosa  
al pórtico saliendo, no á Mavorte  
quitara el morrion de la cabeza,  
y el broquel de los hombros, y la pica  
de la robusta mano; y arrancada,  
no la hubiese apartado de sus ojos  
clavándola en el suelo. Al iracundo  
Marte despues en poderoso acento  
así la Diosa reprendió, y le dijo:

«Furioso, dementado! ¿No conoces  
»que á tu ruina imprudente caminabas?  
»¿Tienes tal vez en vano los oídos  
»para oír? ¿La razón y la vergüenza  
»perdiste acaso? ¿De escuchar no acabas  
»lo que Juno decia, cuando ahora  
»vino de hablar con el potente Jove?  
»¿Ó, despues de sufrir pesares muchos,  
»quieres, mal de tu grado y afligido,  
»al Olimpo volver y daño grave  
»acarrear á todos? Sí: que Jove,  
»á los Teucros dejando y los Aqueos,  
»en busca nuestra volverá al Olimpo  
»alborotando el cielo, y al que coja,  
»inocente ó culpado, de su enojo  
»hará sentir el peso. Por tu vida  
»te ruego que la cólera depongas  
»que la muerte del hijo te ha excitado.  
»Considera que alguno habrá ya muerto  
»que en fuerzas y valor le aventajaba,  
»ó morirá; porque imposible fuera  
»de la muerte librar al que ha tenido

»padre mortal, ó de mujer naciere.»

Dijo Minerva, y al furioso Marte  
hizo sentar sobre el excelso trono:  
y Juno fuera del celeste alcázar  
á Iris, la mensajera de los Dioses,  
llamó y á Febo. Y con los dos hablando,  
así dijo en palabras voladoras:  
«Júpiter quiere que bajeis al Ida;  
»y luego que llegado á su presencia  
»los dos hubiereis, lo que aquel os mande  
»obedientes haced.» Estas razones  
dichas, volvió al palacio y en su trono  
otra vez se asentó la augusta Juno.

Iris y Febo, pues, en raudo vuelo  
del Olimpo bajaron luminoso;  
y llegados al Ida, en la alta cumbre  
del monte descubrieron asentado  
al hijo de Saturno y de olorosa  
nube cercado en torno. A la presencia  
del Dios que junta las espesas nubes  
venidos, se pararon: y el Saturnio  
no al verlos se enojó, porque obedientes  
fueran á los mandatos de su esposa.  
Y con Iris hablando la primera,  
así la dijo en imperiosas voces:

«Iris veloz! á las aquivas naos  
»camina diligente y á Neptuno  
»mi voluntad anuncia, y mensajera  
»no tú seas falaz. Dile que pronto  
»la guerra abandonando y los combates,  
»á las moradas vuelva de los Dioses  
»ó al profundo del mar. Si á mis palabras  
»obedecer no quiere y las desprecia,  
»medite bien en lo interior del pecho  
»sí, aunque valiente sea, de mi brazo  
»él podrá resistir á la pujanza;  
»porque yo mucho le aventajo en fuerzas,  
»y tengo más edad. Ni ya á decirse  
»mi igual se atreva, cuando sólo al verme  
»tiemblan los otros dioses.» Así dijo,  
é Iris inobediente á su mandato  
no se mostró: que de los altos montes  
bajó del Ida en vagoroso vuelo  
á la llanura. De las altas nubes  
como descende rápida la nieve,  
ó el helado granizo, por el soplo  
del Bóreas conducida que á los cielos,  
si de continuo sopla, restituye  
la claridad; así la veloz Iris  
diligente volaba, deseosa

de llevar el mensaje. Y de Neptuno  
llegada á la presencia, así le dijo:

«A tí, Neptuno, que en el mar imperas,  
»Jove me envía; y por mi voz te manda  
»que, la guerra dejando y los combates,  
»ó vuelvas á la junta de los Dioses,  
»ó al profundo del mar. Y si al mandato  
»obedecer no quieres y desprecias  
»el consejo, amenaza que contigo  
»vendrá en persona á pelear: y dice  
»que resistir no quieras á su brazo,  
»porque en fuerzas á tí mucho aventaja  
»y tiene más edad; ni ya te atrevas  
»á decirte su igual, cuando á su vista  
»tiemblan los otros Dioses del Olimpo.»

Altamente indignado el poderoso  
Neptuno, respondió: «Por vida mia,  
»que, aunque valiente él es, ha hablado ahora  
»con arrogancia mucha si pretende  
»sujetarme por fuerza y mal mi grado,  
»siendo igual mi poder. Sólo tres hijos  
»á Saturno parió su esposa Rea;  
»Júpiter el primero, yo el segundo,  
»y el tercero Pluton que en las regiones  
»infernales domina: y dividido  
»en tres partes el orbe, á cada hermano  
»imperar en la suya omnipotente  
»la suerte dió. En el piélagos espumoso  
»habitar fué la mia; en las tinieblas  
»vivir la de Pluton; el ancho cielo,  
»del éter y las nubes rodeado,  
»á Júpiter tocó; pero la tierra  
»y del Olimpo las nevadas cumbres  
»quedaron en comun. Así, de Jove  
»no yo al capricho arreglaré mi vida.  
»En paz ocupe la region del éter;  
»pero, por más que poderoso él sea,  
»no pretenda con fieros y amenazas  
»amedrentarme, cual si yo nacido  
»hubiera sin valor. Y más valdria  
»que ese lenguaje duro y altanero  
»con las hijas tuviese y con los hijos  
»que de él nacieron; y aunque mal su grado,  
»vivieran todos á su voz sujetos.»

Iris le replicó: «¿Y al padre Jove  
»quieres, Neptuno, que respuesta lleve  
»tan dura y altanera? ¿No querrias  
»algo mudar? De los varones cuerdos  
»dóciles son las almas; y ya sabes  
»que las tristes Euménides los pasos



»de los hermanos siguen que soberbios  
»al mayor en edad no reverencian.»

Respondióla Neptuno: «¡Iris divina!  
»cuerdamente has hablado: es dicha grande  
»que un mensajero aconsejar prudente  
»sepa también. Pero dolor terrible  
»del corazón y el alma se apodera,  
»cuando veo que en voces iracundas  
»reprender quiere el orgulloso Jove  
»á quien igual en suerte hiciera el Hado.  
»Mas, aun así, yo cederé este día  
»respetando su enojo; pero sabe...  
»y esta amenaza escucha. Si pretende,  
»contra mi voluntad y la de Palas,  
»de Juno, de Mercurio y de Vulcano,  
»á Troya conservar y no consiente  
»en que arruinado sea, y á los Griegos  
»el alto honor de la victoria quita;  
»sepa que de nosotros será eterna  
»la cólera rabiosa.» Así la dijo;  
y la hueste de Grecia, abandonando,  
se sumergió en el mar; pero su falta  
sintieron altamente los Aquivos.

Y hablando luego Jove con Apolo,  
así le dijo: «Marcha, caro Febo,  
»á Héctor á confortar; que ya Neptuno,  
»por evitar mi cólera terrible,  
»al mar se retiró. Si no lo hiciera,  
»de la batalla el ruido estrepitoso  
»los otros Dioses escuchado habrían,  
»aun los que bajo de la tierra moran  
»en torno de Saturno. Pero ha sido  
»á él más útil, y á mí, que acobardado  
»delante de mi diestra poderosa  
»antes haya cedido; que el combate  
»no sin mucho sudor se acabaría.  
»Toma tú ahora mi égida en la mano,  
»en el aire la agita, y á los héroes  
»aquivos pon en fuga; y del valiente  
»Héctor tú cuida, y prodigiosa fuerza  
»le infunde, hasta que lleguen los Aquivos  
»en fuga al Helesponto y á las naves;  
»que, llegados allí, de la fatiga  
»haré yo que los míseros respiren.»

Así Júpiter dijo; y al mandato  
Apolo de su padre obedeciendo,  
cual gavilan que la región etérea  
atravesaba veloz (pues de las aves  
es la más voladora), y enemigo  
de las palomas siendo, despedaza

la que coger logró; de la alta cumbre  
bajó del Ida y encontró asentado  
á Héctor, que recobrara ya el sentido  
y alzárase del suelo, y conocía  
á los caros amigos que dolientes  
en torno le cercaban. Y cesado  
habían ya el sudor y el anhelo  
respirar; porque Júpiter sus fuerzas  
renovara. Y poniéndose á su lado,  
así le dijo el Flechador Apolo:

«¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Qué veo?  
»¿Cómo así, de los otros apartado,  
»estás ocioso aquí y desfallecido?  
»¿Te oprime el alma dolorosa cuita?»

Y con lánguida voz el valeroso  
Héctor á Febo respondió: «¿Quién eres,  
»oh benigna Deidad, que á mi presencia  
»te dignas de venir, y esta pregunta  
»solicita me hiciste? ¿No has oído  
»que al pie de los bajeles de los Griegos,  
»«mientras yo sus falanges destrozaba,  
»Ajax de Telamon con una piedra  
»me hirió en el pecho, y de la liza mucho  
»hizo que me alejase? Pues entiende  
»que exhalando los últimos alientos  
»en anheloso respirar, pensaba  
»que hoy el alcázar de Pluton vería  
»y la triste mansion de los finados.»

Díjole Febo: «Tu temor acabe;  
»pues á ayudarte el hijo de Saturno,  
»y á tu lado asistir, y defenderte  
»con áurea espada refulgente armado,  
»un Dios te envía; el Flechador Apolo.  
»Y este soy yo, que de la negra Parca  
»te libré siempre, y de la excelsa Troya  
»siempre también el defensor he sido.  
»Manda, pues, á los Cabos de la hueste  
»que guíen los caballos corredores  
»hacia las griegas naves; que el primero  
»yo marcharé y á los caballos fácil  
»allanaré el camino, y á los héroes  
»griegos haré que las espaldas vuelvan.»  
Con estas voces, poderoso brío  
inspiró Febo al adalid de Troya.

Cual fogoso alazan que, acostumbrado  
á bañarse en el agua cristalina  
del río, se impacienta si al pesebre  
le detienen atado, y los ronzales  
rompiendo corre con ligera planta  
por la llanura, la cabeza erguida,

ondeantes las crines sobre el cuello,  
y de su lozania haciendo alarde,  
y con fácil galope alegre vuela  
al verde soto en que pacer solía  
con los otros caballos; así el héroe,  
apenas resonara en sus oídos  
la voz de la Deidad, se alzó del suelo.  
Y moviendo con fácil ligereza  
los pies, á sus legiones animaba.

Como suelen los perros y pastores  
perseguir en el monte, ya al venado,  
ya á la cabra montés, y se refugia  
el tímido animal á la espesura  
de la selva, y subido en alta roca  
salva la vida, ni los hados quieren  
que allí le cojan, y el clamor oyendo  
melenudo leon sale al camino  
y en fuga pone á la cuadrilla toda  
por más que en el alcance esté empeñada;  
de esta suerte los Griegos, que orgullosos  
en confuso tropel siempre seguían  
á los Teucros hiriéndoles osados  
con espadas y picas de dos cortes,  
cuando ya vieron que Héctor animoso  
por las filas corría de los suyos,  
se consternaron, y á los pies el alma  
se les cayó. Mas viéndolo Toante,  
el hijo de Andremon, y el más valiente  
de los Etolos, que vibrar sabía  
desde lejos el dardo y con su lanza  
á pie firme también al enemigo  
acometer (y pocos de los Griegos  
en las juntas ventaja le llevaba  
cuando la juventud en el certamen  
de la elocuencia disputaba el premio),  
así dijo á los otros adalides:

«¡Oh dolor! gran prodigio con mis ojos  
»estoy mirando, pues con tal denuedo,  
»y evitada la muerte, á los combates  
»Héctor vuelve otra vez, cuando creía  
»nuestro comun deseo que á las manos  
»de Ajax de Telamon muerto quedara.  
»Pero benigno alguno de los Dioses  
»le libró de morir, y le ha salvado.  
»Él á muchos Aquivos de la vida  
»antes privó, y recelo que otros muchos  
»muertos serán ahora por su mano;  
»que no sin voluntad del padre Jove  
»al frente ya de su escuadra se muestra  
»tan arrogante y fiero. Mas vosotros

»mi consejo seguid. Hacia las naos  
»retirarse mandemos á la turba  
»de oscuros combatientes, y nosotros,  
»cuantos en el ejército hasta ahora  
»de ser los más valientes nos preciamos,  
»esperemos aquí; y al enemigo,  
»con las picas alzadas, al encuentro  
»salgamos, para ver si rechazarle  
»conseguimos. Y espero que en la hueste  
»Héctor á penetrar de los Aquivos  
»osado no será, por más que venga  
»respirando furor.» Así decía,  
y todos su dictamen aprobaron.

Ajax de Telamon é Idomeneo,  
y Teucro y Meriónes, y el ardido  
Méges, la flor de las escuadras todas  
habiendo reunido, la batalla  
contra Héctor y los suyos disponían;  
y entre tanto la turba de los Griegos  
á las naves tornaba, y los Troyanos  
en escuadron cerrado la pelea  
trabaron los primeros. Y á su frente  
Héctor venía en arrogantes pasos;  
y los hombros cubiertos de áurea nube,  
delante de él Apolo caminaba  
con la égida brillante defendido,  
espantosa, versátil y con borlas  
de oro por todas partes guarnecida,  
que el ínclito Vulcano en otro tiempo  
para sí fabricara y se la diera  
al padre Jove, que con ella armado  
el mísero linaje de los hombres,  
terror inspira. En la potente diestra  
agitándola, pues, airado Apolo,  
el escuadron guiaba de los Teucros;  
y los Aquivos firmes esperaban  
en numerosa hueste y apiñados,  
y de una y otra parte clamoroso  
grito se alzó. Saltaban las saetas  
de los tirantes nervios de los arcos,  
y numerosas picas relucientes  
lanzadas eran; y unas en el cuerpo  
de algún valiente jóven se clavaban,  
y otras muchas en medio del camino,  
y sin tocar al delicado cútis  
de un Troyano, caían en el polvo,  
en su carne cebarse deseando.

Mientras que Febo la égida en su diestra  
inmóvil tuvo, de las dos falanges  
las saetas volaban y los tiros,



y á su golpe caían los guerreros. Mas cuando ya mirando en derechura á los Aqueos, le agitó en el aire y el espantoso grito de la guerra lémismo dió, en el pecho á los Aqueos el ánimo abatió, y acobardados de su valor antiguo se olvidaban. Como á deshora de la noche oscura á la vacada de robustos bueyes ó al rebaño de cándidas ovejas, si ausente está el pastor, acometiendo de repente dos fieras la deshacen; así, ya acorbadados los Aquivos, en desóden y fuga se pusieron; que en su pecho el terror infundió á Apolo y á Héctor y á los Troyanos la mudable victoria concedía. Disipada la hueste de los Griegos uno á uno mataban los Troyanos á aquel héroe que en suerte les cabía. Héctor á Estiquio, amigo del valiente Menesteo, mató, y á Arcesilao que la hueste guiaba de Beocia: el claro Enéas á Medonte y á Jaso armas y vida quitó también. Medonte, hijo bastardo era de Oileo, y Jaso acaudillaba una de las escuadras atenienses, y á esfelo, que de Búcolis naciera, debía él ser. En las primeras filas mató Polidamante á Mecisteo, á Equio Polítes, y Agenor á Clonio; y también á Deyoco por la espalda, mientras huía, sobre el hombro París hirió con una lanza y por el pecho vino á salir el afilado bronce.

Mientras que á los cadáveres las armas quitaban los Troyanos, los Aqueos, á la estacada y el profundo foso, arrojándose todos en la fuga, uno por una parte otro por otra, al muro se acogían obligados de la necesidad; y á sus escuadras Héctor, en altas espantosas voces, mandó que acometieran á las naves sin detensarse á recoger despojos.

«Al que de los navíos de los Griegos »alejado yo encuentre (les decía), »muerte allí le daré; ni su cadáver »quemarán en la pira sus hermanos »y hermanas; que delante de los muros

»de nuestra capital voraces perros »le harán pedazos.» Dijo y el azote, sobre el lomo tendió de los caballos para que caminasen, y corriendo por medio de las filas, con sus voces animaba á los Teucros. Y gritando éstos con él, y en amenazas fieras retando á los Aquivos, al combate los bridones, que ufanos arrastraban los magníficos carros, dirigían con grandes y espantosos alaridos.

Apolo, que á su frente caminaba, del hondo y ancho foso las orillas ambas hollando, con los piés la tierra echó en medio del hoyo, y un camino, á manera de puente, á los Troyanos facilitó espacioso. Era su anchura la que puede medir robusta lanza cuando la diestra de forzudo jóven que intenta hacer de su vigor alarde léjos la arroja, y por aquel camino escuadrones enteros de Troyanos hasta el muro llegaban. Y á su frente marchando Apolo, y la égida terrible en su mano teniendo, la muralla tan fácil derribó de los Aquivos, como el rapaz que en inocente juego á la orilla del mar de leve arena un valladar levanta y con la mano y los piés luégo le derriba y ríe. Así tú, Apolo, el anchuroso muro que con tanta fatiga los Aquivos afanosos labraran allanaste, y terror en sus almas infundiendo, en vergonzosa fuga los pusiste. Mas, llegados al pié de sus bajeles, hicieron alto allí; y aunque abatidos, los unos á los otros se animaban á pelear. Y á los eternos Dioses las dos manos alzadas, en ardiente plegaria humildes suplicaban todos, y más que todos Néstor, el anciano, el númen tutelar de los Aquivos. Y al estrellado cielo levantadas ambas manos, á Júpiter decía:

«¡Oh padre Jove! si en la fértil Árgos »al quemar en tus aras de los bueyes »ó las pingües ovejas las sabrosas »piernas, alguno te pidió que salvo »tú le volviesses al hogar paterno,

»y con firme señal se lo otorgaste, »no ya olvides ahora tus promesas, »oh dueño del Olimpo. *Nos defiende »contra la dura Parca, y no permitas »que así por los Troyanos los Aqueos »vencidos hoy y degollados sean.*»

Esto decía, y escuchando Jove benigno su plegaria, en grande trueno el aire estremeció; pero al oírle, creyendo que era favorable auspicio, de nuevo acometieron los Troyanos á los Aquivos, y á la lid sangrienta con más ardor volvieron animosos. Como del vasto mar las grandes olas embisten al costado del navío, y pasando del borde por encima en la cubierta caen si la fuerza del viento las impele y resonante en alto las levanta; así los Teucros, del asolado muro las ruínas orgullosos pisando, sus bridones á las naves guiaban de la Grecia, y bajo de las popas el combate se trabó. Desde cerca los Troyanos con afiladas picas batallaban en sus carros subidos: los Aqueos, que á lo alto de sus naves se acogieran, desde allí con las perchas que tenían para naval combate reservadas, eran y de duro fresno y á la punta de agudo hierro estaban guarnecidas, rechazar procuraban á los Teucros.

Mientras que los Aquivos y Troyanos á la parte exterior del alto muro y fuera de las naves peleaban, en la tienda Patroclo del valiente Eurípilo quedó, y al caro amigo en plácido coloquio entretenía, y süaves remedios le aplicaba que los negros dolores mitigasen. Mas al ver que furiosos los Troyanos pasaran ya del arruinado muro, y que todos los Griegos en derrota huían á las naves azorados mucho alzando clamor; enternecido, suspiros exhalaba dolorosos. Y bajando la diestra recio golpe en el muslo se dió, y en triste acento al hijo de Evemon así deci.

«Por más que de mi auxilio necesites,

»ya más no puedo, Eurípilo, á tu lado »permanecer; que cerca de las naves »grande comienza y hórrida batalla. »A tí el fiel escudero te consuele; »yo á la tienda de Aquiles presuroso »volveré, á ver si persuadirle puedo »que torne á las batallas. ¿Y quién sabe »si de alguna Deidad favorecido, »yo con súplicas tiernas y razones »su alma conmovere? Muy poderosos »suelen ser de un amigo los consejos.»

Apénas estas voces pronunciado hubo Patroclo, con ligera planta se encaminó á su tienda; y los Aquivos el choque sostenían animosos contra Héctor y los suyos. De las naves, aunque estos en el número inferiores eran mucho, alejarlos no podían, y tampoco lograban los Troyanos, rompiendo la falange de los Griegos, en las tiendas entrar y los bajeles. Como el hábil artífice que todas las reglas sabe, y de Minerva misma las aprendió, con igual nivela, escuadra en mano, el ponderoso mástil al hacer un navío; tan iguales el combate alargaban clamoroso Aqueos y Troyanos, repartidos en diversas escuadras; y las unas en torno de un navío peleaban y otras en derredor de otro navío. Héctor adonde estaba el animoso Ajax de Telamon se encaminara, y ambos héroes valientes combatían por un solo bajel sin que pudiesen, ni Héctor al Dánao retirar y fuego echar en la cubierta, ni el Aquivo rechazar al Troyano de la nave desde que un Dios allí le condujera. Pero sí pudo con aguda pica el pecho atravesar de parte á parte á Caletor de Clitio, que llevaba para abrasar la nave ardiente fuego. Cayó en la arena el campeón Troyano, retembló el suelo alrededor en triste ronco ruido, y la encendida tea de su mano cayó. Y apénas Héctor vió derrivado en tierra y moribundo á su deudo delante del navío, para animar á Licios y Troyanos,